

LEYENDA Y TRADICIONES DE LOS REYES MAGOS

Por NÉSTOR LUJÁN

La conmemoración de la Epifanía forma parte de las fiestas navideñas. Según la tradición, los Magos llegaron a Belén poco después del Nacimiento. El Evangelio de San Mateo se refiere a este hecho. Y también lo comentan los apócrifos.

De todas las tradiciones relativas a la infancia de Jesús ninguna es más rica y variada que la adoración de los Reyes Magos. Esta leyenda ha impresionado siglo tras siglo a todas las generaciones de cristianos y va ligada a infinitas y graciosas manifestaciones folclóricas. Los Reyes Magos, figuras enigmáticas que el evangelista san Mateo —el único que los menciona— deja en un total anonimato, han sido enriquecidos por la imaginación de comentaristas posteriores, hasta crear una leyenda tupida y suntuosa como un pesado tapiz oriental.

Como señalábamos, sólo san Mateo (II, 1-12) se refiere escuetamente a la adoración: "Y habiendo nacido Jesús en Belén de Judea en los días del rey Herodes, llegaron de Oriente a Jerusalén unos magos". Nada dicen que fueran reyes, ni el número de magos que adoraron, ni los países de su procedencia. En cambio Mateo, siempre atento a confirmar las antiguas profecías, subraya que ante esta visita de los personajes orientales que preguntaban sobre un rey de los judíos que acababa de nacer, Herodes "llamó

en secreto a los magos, averiguando cuidadosamente de ellos el tiempo en que se les había aparecido la estrella. Y encaminándolos hacia Belén, les

dijo: "Id e informadme puntualmente de lo que hay de ese niño, para que yo vaya también a adorarle". Como es sabido, paró la estrella sobre el sitio donde había nacido Jesús y, según Mateo —que no habla de establo, ni de la adoración de los pastores—, "habiendo entrado en la casa, hallaron al Niño con María, su madre, y postrados le adoraron, y abiertos sus cofres, le ofrecieron presentes de oro, incienso y mirra". Añade Mateo que un sueño les advirtió que no volvieran a visitar a Herodes, y así lo hicieron, y regresaron a su país por otro camino. Herodes maquinaba ya la muerte del Niño, que luego le llevó a la impresionante barbaridad de la matanza de los Inocentes.

Hasta aquí la única noticia evangélica sobre la adoración de los Magos. De ella se destacan tres puntos principales: visita al tetrarca Herodes, adoración del Niño y sueño que les advierte que regresen a su país por otro camino. Todo lo demás se añadió más tarde, lenta y laboriosamente.

*Los Magos guiados por la estrella,
según un hermoso grabado de Gustavo
Doré.*



Se inicia la leyenda

En los primeros tiempos del cristianismo, los magos eran considerados como simples astrólogos que leían el porvenir de las estrellas. Ni el evangelio de san Mateo ni los Apócrifos que se ocupan de ellos los califican de reyes. Todo parece coincidir en que eran de nacionalidad persa, y la palabra mago parece provenir del vocablo persa "mogu", que significa astrólogo. La conversión de los magos en reyes viene por vez primera en Tertuliano: "Nam et Magos reges habuit fere Oriens". La palabra mago había adquirido ya en los primeros siglos del cristianismo un matiz peyorativo, como lo prueba la leyenda de Simón el Mago, cuya personalidad se quiso incorporar al Anticristo, y se les cambió el gorro frigio de los astrólogos y sacerdotes de Mitra por la corona real.

En principio el número de magos fue indeterminado. En las pinturas de las catacumbas romanas fueron a veces dos y, otras, cuatro. La Iglesia siria creyó que eran doce que prefiguraban los doce apóstoles futuros. Algunas tradiciones de la Iglesia copta elevan el número hasta sesenta y citan los nombres de más de una docena de ellos. Sin embargo, ya en el siglo IV prevalece el número de tres. Orígenes es el primer escritor eclesiástico que lo afirma taxativamente. A partir de entonces tres son los reyes y de tres son las reliquias que, según la tradición, están en la catedral de Colonia.

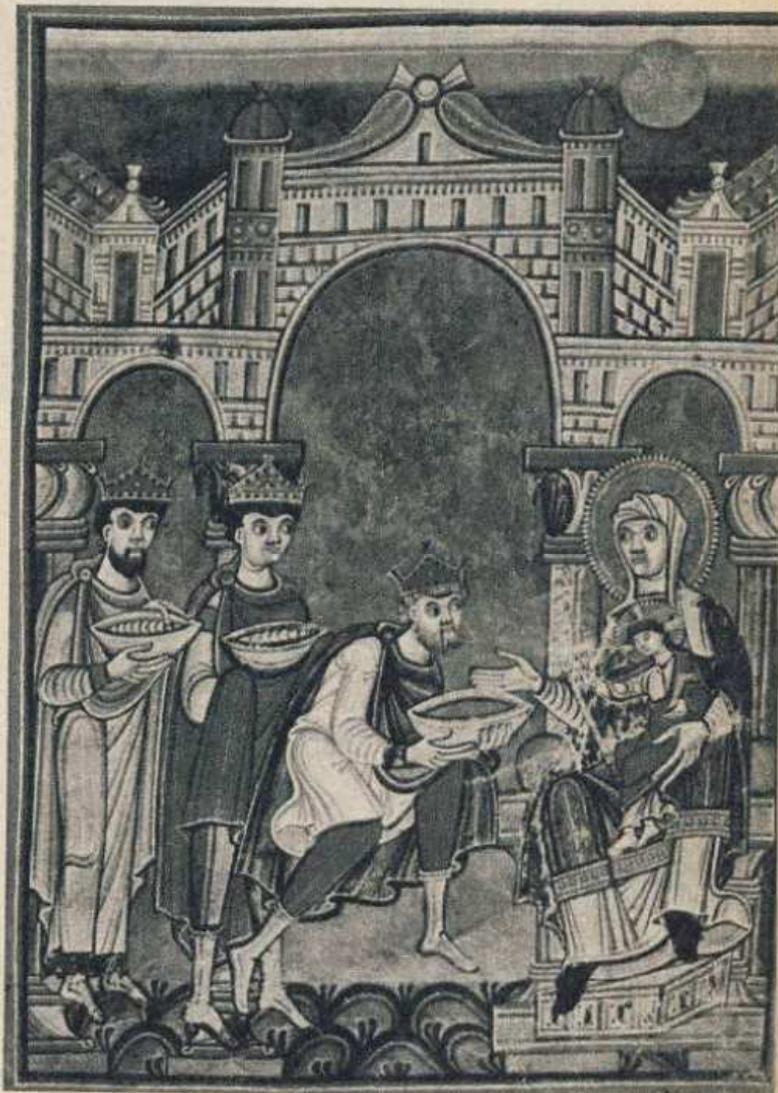
Los nombres y la edad de los reyes

Los nombres secretos de los Reyes aparecen por vez primera en el siglo IX, hacia 845, en el **Liber pontificalis** de Rávena. Son Bit-hisarea, Melichior y Gathaspa. En las obras atribuidas a Beda el Venerable se recogen estos nombres y se precisan las edades. Dice este texto: "El primero de los Magos fue Melchor, un anciano de larga cabellera cana y luenga barba..., fue él quien ofreció el oro, símbolo de la realeza divina. El segundo, llamado Gaspar, joven, imberbe, de tez blanca

y rosada, honró a Jesús ofreciéndole incienso, símbolo de la divinidad. El tercero, llamado Baltasar, de tez morena (exactamente el calificativo latino es 'fuscus'), testimonio ofreciéndole mirra, que significaba que el Hijo del hombre debía morir...".

Con este texto se plantean varios problemas. El de los nombres, que quedan ya consolidados. El de las edades de cada uno de los Reyes, que inician una conocida tradición. La raza del rey Baltasar y, finalmente, el curioso simbolismo de la mirra según el pseudo Beda.

En lo que se refiere a la edad de los Magos, si los compiladores y escritores contemporáneos a este texto no hicieron gran caso del mismo, los artistas lo tomaron al pie de la letra. Sólo en el siglo XV, en el **Catalogus Sanctorum** de Petrus de Natatibus, se les atribuyen las edades de sesenta años para Melchor, cuarenta para Gaspar y veinte para Baltasar.



Dos representaciones pictóricas de la adoración de los Magos. En la página anterior, una miniatura medieval muy estilizada (siglo XI). A la derecha de estas líneas, fragmento del cuadro "La Epifanía" de Giotto, pintado a comienzos del siglo XIV. Los Magos aparecen coronados y con la aureola de la santidad.



Baltasar se convierte en negro en el siglo XIV

A pesar del pseudo-Beda, con su calificativo de "fuscus", nadie imaginó que existiera un rey de raza negra. La tradición de los magos persas era demasiado persistente. Por primera vez aparece en la iconografía el rey Baltasar como negro de raza, ya muy entrado el siglo XIV. Todo ello sale de la vocación ecuménica de los predicadores y de los textos de los sermonarios, que esgrimen razones escriturarias, litúrgicas y simbólicas.

Se consideraba a los tres Reyes como reproducción de los hijos de Noé: Sem, Cam y Jafet, que en el Antiguo Testamento simbo-

lizan las tres partes del mundo, las tres razas humanas. Así, pues, uno de los Reyes debía representar a África rindiendo su homenaje al Salvador. Aunque bien cierto es que Gaspar era representante de Asia, rara vez ha sido un personaje exótico. Ello planteó a inicios del XVI, un problema con el descubrimiento de América pues parecía lógico que el Nuevo Continente, ya cristianizado, estuviera representado en el cortejo real. A esta idea responde el retablo portugués de la catedral de Viseu en el que el rey negro se ve reemplazado por un pintoresco jefe indio del Brasil, con su jabalina emplumada. Pero la tradición de los tres Reyes era ya demasiado fuerte y esta modificación no tuvo continuidad.

En lo que atañe a la mirra y su simbolismo, debemos recordar que la mirra, gomasina aromática y balsámica, servía para embalsamar a los cadáveres, y en ello quisieron ver los teólogos la premonición del sacrificio de la Cruz. Unos granos de esta mirra han sido conservados crédula y devotamente en el monasterio del monte Athos.

Tradiciones sobre la estrella y el viaje

Sobre la estrella guiadora son varias las tradiciones. Según las crónicas bizantinas, se desplazó con parsimonia, siempre al costado derecho de los Reyes durante todo el viaje, muy baja, de modo que iba casi rozando las palmeras. La tradición persa dice, según P. Maerckel, que la estrella era roja. El lapidario bizantino Teodoros Angelis, de acrisolada estirpe imperial, afirmó que al concluir su providencial cometido estalló espléndidamente, como una flor de luz, y los trozos

se esparcieron y son hoy todo los rubíes que existen en la Tierra.

La explicación racional del misterio de la estrella ya se ha intentado y para muchos científicos ha quedado decidida. En este sentido, los protestantes han sido más racionalistas que los católicos, que consideraban el hecho como un simple milagro de inútil discusión. Y fueron los primeros en aceptar la explicación de Johannes Kepler, que en 1606 emitió la hipótesis de que la estrella de los Reyes Magos no fue otra que la conjunción de los planetas Júpiter y Saturno a su paso por Piscis, que acaeció un poco antes de Jesucristo. Las conjunciones simples de estos planetas se dan cada veinte años, las triples cada doscientos cincuenta y ocho. La última fue observada en 1940-41 bajo el signo de Aries, y este bello espectáculo, apasionante para cualquier astrónomo, no se repetirá hasta el año 2198.

La estrella profética, producto de esta triple conjunción era visible en Persia y Mesopotamia en las horas que preceden al crepúsculo. Como en aquella época se viajaba





La Epifanía en sendas interpretaciones del Perugino (izquierda) y de Durero (sobre estas líneas).

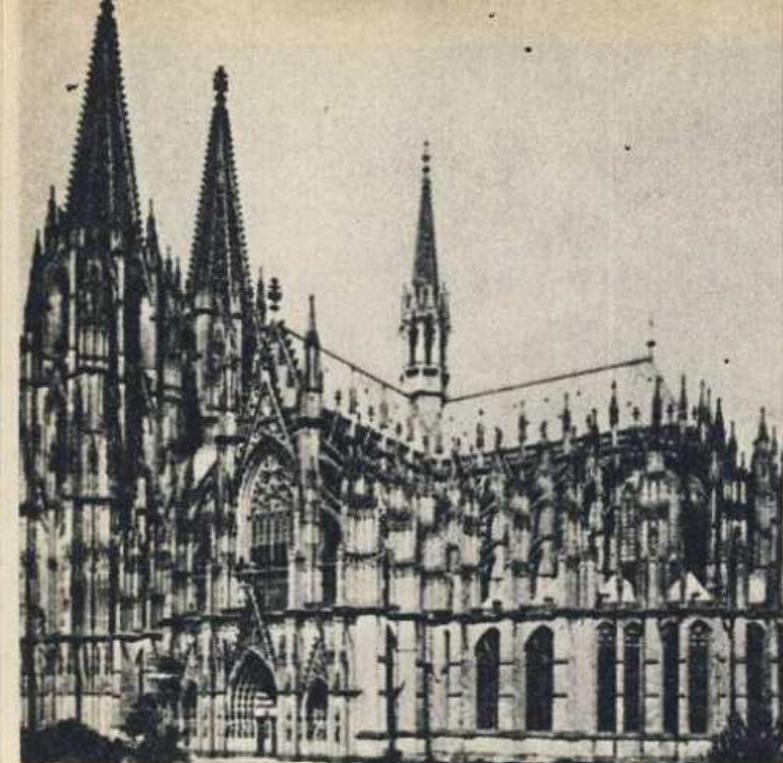
al atardecer, es posible, según Kepler, que los Magos la vieran marchar ante ellos, que venían del Sur, de Mesopotamia e Irán.

El viaje duró, según las leyendas damascenas, treinta y tres días, lapso de tiempo lógico si los Magos llegaban de Irán. Otras tradiciones les prestan mayor velocidad: trece días. Por esta razón de diligencia fueron en la Edad Media protectores de los viajeros y los peregrinos. Creen en Europa que el dromedario, animal casi fabuloso, era veloz y seguro y su viaje es una espléndida y deslumbrante cabalgata. Según todas las tradiciones, los Magos emprendieron el viaje antes de que María y José llegaran a Belén de Judá.

Después de la adoración, los Magos tuvie-

ron en una posada un sueño que les reveló que no debían dar la menor noticia al pérfido Herodes. Así lo hicieron y, según la tradición, regresaron por mar, embarcando en Tarso. El legendario es preciso en lo que atañe al sueño prodigioso. La mayoría de consejos se inclinan porque un ángel del Señor llegara a su lecho y tocando suavemente a Gaspar, le despertara previniéndoles de que regresaran secretamente a sus países.

La iconografía de esta escena suele poseer una encantadora ingenuidad. Los tres Reyes Magos duermen juntitos en la misma cama, sin camisas, siguiendo la costumbre medieval, pero con las flordelisadas coronas en la cabeza. El ángel les avisa con su dedo índice, largo, luminoso y mágico. Así se ve en los ca-



La Catedral de Colonia, que guarda las reliquias de los Magos.

píteles románicos que enternecían a Álvaro Cunqueiro, evocados en varios artículos llenos de emoción y de bella fantasía.

Sobre el viaje de retorno, el texto definitivo es **La leyenda áurea**, de Vorágine. Sobre la biografía posterior de los Magos existe la hipótesis de que retornaron por vía marítima a la India, donde los bautizó y consagró obispos el apóstol santo Tomás, con lo que, de ser cierto, Gaspar hubiera contado más de noventa años. Y en la India, convertidos en apóstoles de Oriente ("Summus presbyteri Orientis"), evangelizaron aquellas regiones lejanas. Al morir, prosigue la leyenda, fueron enterrados en un mismo sarcófago, dormidos como cuando el sueño de Belén. Sus reliquias fueron llevadas a Constantinopla por la emperatriz Elena en los mismos días en que se trasladaban a la capital de Bizancio las problemáticas reliquias de la Cruz.

Las reliquias de la Catedral de Colonia

En el siglo IX la clerecía milanesa, deseosa de garantizar el prestigio de su ciudad, sostuvo que las reliquias de los Magos las poseía la iglesia de San Eustorgio. Inventaron una

leyenda: el obispo Eustorgio, sucesor de san Ambrosio, se había trasladado a Constantinopla para que el emperador Constantino aprobara su elección. Al partir le pidió al César el señalado favor de llevarse con su bagaje los restos de los Reyes Magos. El obispo transportó este precioso cargamento en un sarcófago de mármol hasta la iglesia de Milán que lleva su nombre.

Poco tiempo después, en 1164, el arzobispo de Colonia, Raynaud de Dassel, archicanciller de Federico Barbarroja, aprovechó el saco de Milán para apropiarse de las reliquias que reposaban en paz en la pared derecha del altar mayor. Las trasladó a su diócesis, y en honor de estos huesos, depositados en un magnífico sarcófago labrado en oro, se construyó en el siglo XIII la catedral renana que está dedicada a los "Tres Reyes de Colonia". Y una tradición aseguraba que cada calavera del Rey conservaba su inseparable corona. A un abad cisterciense de Castilla, Pedro de Gumiel de Hizán, lo llevaron a la tumba de los Reyes Magos en Colonia y lo dejaron solo y en silencio, para que pudiese escuchar lo que pasaba dentro de ella: alguien tocaba la flauta y se oían relinchos de impacientes caballos.

Los Reyes en nuestra tradición

La tradición de los regalos de los Reyes a los niños es relativamente nueva. Antiguamente los niños depositaban sus cartas peticionarias en el balcón. En Barcelona sólo a partir de 1877 se empezaron a mandar por correo.

La fiesta era puramente infantil. En los barrios populares toda la tarde de Reyes era un auténtico bullicio. Los grandullones iban a recibir a los Reyes y era un buen pretexto para alborotar a conciencia: infundían en el espíritu de los niños más pequeños la idea de que se debía armar un escándalo considerable para hacerse notar y evitar que la caravana oriental pasase de largo. A la vez que encendían, los mayores, ristas de ajos, escobas o volteaban un pedazo de soga encendida como señales para atraer a los Magos, los niños organizaban un estruendo fabuloso con trompetas, zambombas y todos los instrumentos susceptibles de producir ruido

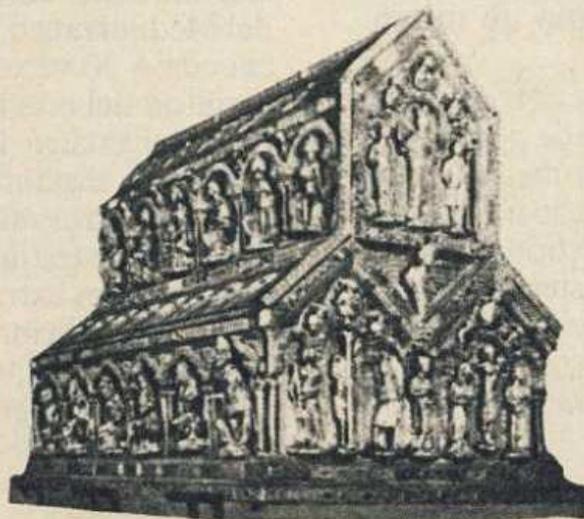
infernol. De todo ello derivaban inevitablemente las clásicas pedradas entre los mozalbetes de calles y barrios rivales. La tarde de Reyes era la de las pedreas más acreditadas, y venía a ser el colofón de este absurdo que era avisar a los Reyes de la existencia de una ciudad de niños díscolos. Por más que lo prohibiesen los bandos, esta disparatada manera de atraer a los Reyes no faltaba ningún año. Luego de esto venía la emoción de los niños en los hogares, su ilusión y esperanza, y los regalos en la helada mañana del día siguiente, regalos que hoy nos aparecerían irrisorios, pero llenos de una delicada y entrañable poesía. Para los mayores no había otra cosa mejor que encantarse con la alegría de los niños y, por la noche, el baile de la Lonja —el segundo baile de máscaras del año, pues el primero era precisamente el día de Año Nuevo—, que tenía también su fascinación, un tanto pagana.

El pastel de Reyes

Los eruditos quieren ver en la fiesta de los Reyes Magos la continuación de las Basilindas de la antigua Grecia, fiesta debidamente cristianizada. Discutir las afirmaciones de los eruditos rebasa no sólo mi capacidad de erudición, sino también mis posibilidades dialécticas. Sólo he de decir que en la iglesia de la alta Edad Media era una fiesta más bien ascética que se caracterizaba por la abstinencia de carne, o por lo menos de carne de cerdo. Luego, a partir del año 1000, la celebración fue cambiando de signo. Y culminaba el ágape de los Reyes con el pastel que contenía el haba, que infundía el carácter de efímera realeza a quien la encontraba en su seno.

Las tradiciones de todo el Occidente cristiano, en este sentido, fueron diversas: primero se comenzó con este pastel de la suerte, tradición que se ha conservado en muchos países; luego, en algunos pueblos del sur

Arqueta que contiene los supuestos restos de los Magos.



de Francia, se elegía como rey de la fiesta al niño más pobre del lugar. En las familias también se elegía un niño —quizás el más pequeño como rey—. Lo vestían con trajes suntuosos, le servían sus compañeros, que eran oficiales de boca del soberano, y la fiesta transcurría alegremente.

La tradición de encontrar el haba, la moneda o el anillo dentro de pastel de Reyes se continúa a través de los tiempos. El célebre cuadro de Jordaens "El rey bebe" está plenamente dentro de esta tradición. Quien encontraba el haba ceñía una corona de papel dorado y podía escoger una reina y sus ministros. "¡El rey bebe!", exclamaban los invitados cada vez que levantaban la copa. La cosa derivaba en licencias báquicas colectivas y los hugonotes franceses encontraron en estas fiestas, segurísimas reminiscencias paganas. En la época de la Revolución francesa muchas personas consideraban estos regocijos como "supersticiones anticívicas hediendo a fanatismo y tiranía". La fiesta de los Reyes se convirtió en la "fiesta de la buena vecindad" y el pastel en "pastel de la Igualdad". Pasados los sobresaltos revolucionarios se tornó a la antigua tradición. Hasta 1914, en Francia el pastel de Reyes era un regalo que los panaderos hacían a sus clientes y los repartidores de pan recibían aguinaldos cuando lo entregaban. Hoy se compran en las confiterías, y la tradición se limita al goce, modestísimo, de gustar esta tarta. Quisiera con estas notas un tanto desordenadas evocar la evolución de una bella leyenda. La de unos magos, siguiendo la estrella guiadora, bermeja y destellante, como quieren los teólogos bizantinos. La estrella tuvo un papel principalísimo en la liturgia medieval catalana. "L'ofici de l'estel" en el altar mayor de nuestra iglesia del Pino —de Santa María de los Reyes— estaba presidido

por la mágica estrella sobre el altar mayor, como constancia luminosa e irrefutable del prodigio. Es el elemento intacto, bello e inmutable de todo el legendario. □